



# ATAQUE A LOS TITANES

*The Harsh Mistress of the City*

**RYO KAWAKAMI**

Historia original: HAJIME ISAYAMA

Ilustraciones: RANGE MURATA

**NORMA**  
Editorial

Estaban al borde de la perdición. Todo el mundo era consciente de ello.

Las hileras de carros se precipitaban hacia el interior, levantando una densa nube de polvo. A simple vista, parecían ser unas decenas, pero en realidad eran muchos más. No, no iban hacia el interior. Aquel lugar ya no era el interior. Por eso huían a la desesperada.

Un grupo de titanes se aproximaba a las filas de carros, extendiendo sus enormes brazos.

Todos iban desnudos. A pesar de que su forma era casi idéntica a la de los humanos, sus cabezas eran extrañamente grandes o pequeñas y tenían los brazos o muy largos o muy cortos. No se percibía ninguna chispa de inteligencia en sus ojos. También variaban en tamaño, aunque incluso el más pequeño de ellos medía el doble que una persona normal. Debido a que en la llanura no había nada con que compararlos, costaba distinguir a qué distancia se encontraban.

—¡¡Corred!! ¡¡Corred!!

—¡Mantenedlos alejados como sea!

Los soldados de la Guarnición galopaban en sus caballos, protegiendo los carros con denuedo. Sin embargo, los equipos de maniobras tridimensionales apenas servían de nada en la llanura. Era imposible usarlos para derribar a todos los titanes. La única función de los soldados era ganar tiempo para que el resto de la gente pudiera escapar.

Rita también montaba a caballo. Los animales eran bienes tan valiosos como el salario de toda una vida. Ella todavía era una novata que solo llevaba dos años en el Ejército, pero esta vez le habían dado un permiso especial para montar uno. Todo con el fin de proteger a los habitantes de la ciudad de Quinta.

Sentía el viento que la golpeaba con fuerza, congelándole las orejas desprotegidas. Cuando se alistó en el Ejército, se cortó sin vacilar su larga melena rubia. Por ello la solían tomar por un hombre, o más bien, por un muchacho.

Frente a sus ojos se agazapaba en el suelo un titán de hombros caídos. En su rostro había esculpida una expresión de tristeza. Pero, de hecho, no era posible que sintiese tristeza por nada. Sentir emociones no entraba dentro de las capacidades de los titanes.

El titán de hombros caídos alargó lentamente un brazo. Delante de él había un carro volcado y sus ocupantes corrían de un lado para otro tratando de escapar. Un caballo con la pata rota se retorció en el suelo como un insecto al borde de la muerte, mientras la caravana de carros daba un gran rodeo para evitar aquel lugar.

—¡¡Socorro!!

Rita giró la cabeza frenéticamente, pero no había ningún soldado veterano que pudiera acudir en su auxilio. Uno de ellos estaba haciendo de señuelo perseguido por tres titanes, mientras hacía galopar a su caballo espoleándolo con fiera. Otro había aterrizado sobre el cuello de un titán derribado para tratar de cortarle el punto débil de su nuca. A otro más lo había agarrado un titán por la cabeza para comérselo justo en ese instante.

Le llegaban sus gritos y chillidos.

Apartó la mirada. Resistió las ganas de ponerse a llorar y tragó saliva.

Nadie podía acudir en su ayuda. No le quedaba más opción que luchar ella misma para salvar a los ciudadanos indefensos.

De repente, se escuchó una especie de trueno y el aire retumbó con fuerza. Sus compañeros, en lo alto de las murallas, habían disparado los cañones.

Rita tiró de las riendas y cabalgó en línea recta hacia el carro volcado.

«Que llegue a tiempo...».

Sujetó una espada con una mano, pero el titán ya estaba cerrando los dedos sobre alguien que no había tenido tiempo de escapar. No era más que una niña. No debía de llegar a los cinco años, tenía el pelo moreno recogido en una coleta en la nuca y vestía ropas sencillas. Aterrada, se apretaba contra el suelo, mirando al titán con sus pequeños ojos abiertos como platos.

Rita vaciló un instante. ¿Salvaba a la niña? ¿O al caballo?

«No... ¡No es momento para dudas!».

Habiendo decidido su objetivo, apretó con fuerza del gatillo de la empuñadura de la espada, lo que hizo que se disparase un ancla de los cañones que colgaban de su cintura. Estos dieron un violento embate, que quedó reprimido por el cinturón de cuero. Un cable atravesó el aire y la punta del ancla se clavó en la nuca del titán. Acto seguido, Rita volvió a manipular el gatillo para comenzar a enrollar el cable. El cinturón que sujetaba el cuerpo de Rita se vio sometido a una carga muy intensa. A la joven se le cortó la respiración y se le nubló la vista.

De súbito, el cable la arrastró hacia delante. Ella se dejó llevar por el impulso. Su cuerpo se elevó y se separó de la silla de montar, mientras el cable se iba enrollando en un cilindro a su espalda. Aquella era la potencia del gas comprimido. En un abrir y cerrar de ojos, salió disparada hacia el titán, arrastrada en dirección al ancla que le había clavado en la nuca. Su caballo quedó atrás.

El titán inclinó ligeramente la cabeza, recogió el brazo que había extendido y se palpó la nuca, aún agazapado en el suelo. Justo antes de que sus dedos alcanzasen el cable, Rita giró la empuñadura de la espada, tirando en ángulo para sacar el ancla de la nuca del monstruo. Sin embargo, la inercia ejercida sobre su cuerpo no desapareció. Dio una pirueta en el aire al tiempo que blandía la espada. Su intención era pasar rozando el costado del titán para hacerle un corte en la nuca, pero no lo consiguió. Por algún motivo, este se había puesto en pie de repente.

«¿Por qué te tenías que levantar justo ahora?».

Rita chocó brutalmente contra la barriga del titán, dio una voltereta en el aire y cayó en el suelo, golpeándose el hombro con dureza. La embargó un dolor terrible y se le escapó un gemido que no parecía su voz. Consiguió retener su espada aunque estuvo a punto de soltarla. Se puso a cuatro patas como pudo y levantó la cabeza.

El titán la estaba mirando con su inmutable expresión de tristeza. Entonces dobló la mitad superior de su cuerpo, tapando la luz del sol, y alargó ambas manos hacia la joven.

Era aterrador.

A Rita le entró un mareo y se le aflojó la vejiga.

Aun así...

—¡No me vas a derrotar! —exclamó, para sacar fuerzas de flaqueza.

Desenvainó su otra espada y blandió ambas armas para sajar los dedos del titán, que tal vez fueran tan largos como sus propios brazos. Las puntas de los dedos, cada una del tamaño de garrotes, cayeron una tras otra, cortadas por el primer nudillo. De las heridas salía expulsado un vapor inidentificable, cuyo aire caliente y húmedo alcanzaba la piel de Rita.

El titán retiró las manos con la misma expresión triste y observó fijamente cómo sus dedos se regeneraban a una velocidad extraordinaria. Por un momento, el gigante parecía haberse olvidado de Rita y de la niña evacuada.

—¡Corre! —le gritó Rita por encima del hombro.

Pero la niña no mostró reacción alguna. Sus ojos estaban fijos en un lugar que había detrás de Rita. El lugar en que se encontraba el carro volcado. El caballo al fin había dejado de moverse. A su alrededor vio que había otro par de personas que, al igual que el animal, habían dejado de moverse. Tal vez fueran los padres de la niña. Rita apretó los dientes y gritó:

—¡Ven aquí!

Le dio la espalda al titán y corrió hacia la niña. Envainó las espadas y cargó con ella. Pesaba más de lo que parecía a simple vista. En aquel momento, fue realmente consciente de aquel hecho.

«Supongo que los niños también pesan...».

—¡Rita!

El violento ruido de unos cascos de caballo se aproximó a ella. Al levantar la mirada vio a Wilco, un recluta de su edad, que galopaba hacia ellas. En la mano derecha blandía una espada y llevaba las riendas de su caballo, mientras que con la izquierda tiraba de las riendas de la montura que Rita había abandonado antes. Vigilando al titán, se detuvo frente a Rita. Los dos caballos sacudieron sus cabezas y alzaron sus patas delanteras al cielo.

—¡Monta! ¡Rápido!

—¡Gracias!

Arrastrando a la niña consigo, Rita corrió hacia el caballo. Wilco, por su parte, giró la cabeza de su montura y echó a galopar hacia el titán. Rita aupó a la niña a su caballo mientras no perdía detalle de lo que hacía su compañero por el rabillo del ojo.

Este rodeó al titán por un costado y le cortó el tendón del pie con todas sus fuerzas. Rita lo perdió de vista por un instante, al verse envuelto en el

vapor que salía expulsado de la herida del titán. Ella aprovechó para alzarse y montar en la silla de su montura.

—¡Mierda! ¿Cómo puede haber tantos? ¡¡Solo ha pasado un día!! ¡Todavía no hace ni un día desde que atravesaron el Muro Maria! —despotricó Wilco, desde la nube de vapor.

Sin embargo, su voz quedó sepultada por el estruendo de otro bombardeo, y el aire vibró con una sacudida.

—Esto es un desastre. ¡Deberían haber esperado a que se hiciera de noche! ¿Cómo vamos a evacuar a la gente con los titanes pululando a plena luz del día?

La noche anterior les había llegado la noticia de que el distrito de Shiganshina, la sección que sobresalía del punto más al sur del Muro Maria, había caído. Por ello, se había decretado inmediatamente abandonar la ciudad de Quinta, que se hallaba más al oeste del Muro Maria y era el hogar de Rita y los demás. De este modo había comenzado la evacuación de sus habitantes hacia el Muro Rose. Sin embargo, eso tan solo había ocurrido unas pocas horas antes.

Rita aseguró a la niña en la silla por delante de ella y miró al titán.

—Para que hayan llegado aquí tan pronto, deben de haber destruido el Muro Maria enseguida...

Los titanes habían llegado a Quinta mucho más rápido de lo que esperaban, lo que quería decir que, tras haber penetrado a través de Shiganshina, no habían tardado ni una hora en traspasar su puerta interior.

—¡Ya viene!

Wilco se acercó a ellas, atravesando la nube de vapor como si la rebanara. Rita manejó las riendas rápidamente y taconeó en los flancos del caballo, a lo que el animal reaccionó moviéndose con ímpetu. La niña se había quedado tan rígida en los brazos de Rita como un objeto inanimado.

La joven se dio la vuelta en la grupa para echar un vistazo a su espalda. El vapor había comenzado a disiparse.

De pronto, de su interior surgió inesperadamente la figura del titán, que alargaba los brazos hacia ellos, aún a cuatro patas. Rita esquivó sus dedos y se alineó con Wilco, para luego dirigirse una vez más hacia las hileras de carros.

«Mathias...».

Rita se mordió el labio al pensar en su amigo de la infancia. Su imagen le vino a la mente de forma espontánea. Era un chico de frente bastante

amplia, de rasgos amables, que solía tener cara de preocupación y que era el heredero de una asociación de comercio. Gracias a su estatus privilegiado había podido huir de Quinta relativamente pronto. No resultaría extraño que ya hubiese llegado al Muro Rose.

Rita deseó de corazón que estuviese sano y salvo.

De improvisto, un alarido estremecedor rasgó el aire.

Al volverse a mirar, vio que un titán de siete metros había atrapado al soldado veterano que estaba haciendo de señuelo para los gigantes y que estaba a punto de ser devorado por la cabeza. El gigante lo tenía apresado con fuerza por los hombros. El soldado agitaba las piernas desesperadamente, pero era inútil.

Se escuchó un sonoro crujido cuando el titán le reventó el cráneo de un mordisco.

La pierna derecha del soldado se sacudió con un gran espasmo. Después, todo su cuerpo quedó inerte.

Para empeorar la situación, un titán de cinco metros se aproximó a ellos y cogió al soldado muerto por los pies. Luego se los metió en la boca y comenzó a mordisquearlos poco a poco.

Uno de los titanes se estaba comiendo al soldado por la cabeza y el otro, por los pies. Del cuello salió expulsado un chorro de sangre, al igual que de las rodillas. Ambos titanes continuaron comiéndose al soldado mientras sus caras se teñían de rojo con su sangre. Sus rostros iban acercándose poco a poco, hasta que las puntas de sus narices se tocaron.

—Qué demonios... —masculló Wilco.

Rita apretó a la niña con fuerza con un brazo y le tapó los ojos con el otro. Entonces se dio cuenta. No podía ser.

—No es posible...

—Pero ¡qué tomadura de pelo es esta?!

Wilco también parecía haberse dado cuenta de lo que ocurría.

Habían aparecido un sin fin de titanes en lo alto de un pequeño cerro por delante, cortándole el paso a la caravana de carros. La mayoría iban de los tres a los cinco metros de tamaño, pero también podían verse algunos que triplicaban esa altura.

—No podemos seguir así. ¡Que no salga nadie más!

Aquella ronca voz era la del comandante de Rita y de Wilco, que apareció al galope. Parecía referirse a que no dejasen que saliera más gente por

las puertas de la ciudad. Un hilo de vapor se elevaba de su espada. Por su aspecto, acababa de matar un titán.

—Vosotros dos, volved a la muralla. ¡Aseguraos de que cierran la puerta!

—¡Sí, señor!

Rita y Wilco giraron sus monturas y echaron a cabalgar uno al lado del otro. Rita bajó la vista hacia la niña que tenía en su regazo. Aquella oportunidad le venía de perlas. Si seguía llevándola consigo, su capacidad de movimiento se vería muy limitada. Su intención era llevarla al interior de la muralla lo antes posible.

El muro fue acercándose. Tenía una altura de cincuenta metros y un grosor de al menos diez metros en su base. Normalmente, a Rita le parecía que se alzaba hasta el infinito, pero ahora le daba la horrible impresión de que no resistiría. Tenía la sensación de que los gigantes podrían atravesarlo fácilmente.

Delante de la muralla, en el lado que una vez había sido el interior, se apiñaban pequeñas estructuras de madera. Hasta hacía unas pocas horas, allí era donde se había establecido ilegalmente una multitud de gente pobre para vivir. Ahora el lugar estaba completamente desierto. Sus habitantes habían huido de la ciudad hacia el Muro Rose en cuanto se habían enterado de que el Muro Maria había caído.

Rita creía que habían hecho lo correcto, pues era muy poco probable que les hubieran prestado caballos o carros para escapar. La única opción para ellos era tratar de poner el máximo de tierra de por medio a pie antes de que llegaran los titanes.

Como se temía, un gran número de ellos ya estaban arrasando las chabolas de madera que constituían el barrio pobre. Los cañones de artillería abrieron fuego desde lo alto de la muralla con el fin de acabar con los monstruos. Sonó un rugido atronador y salieron nubes de humo hacia el cielo.

La niña que cargaba Rita soltó un grito ahogado, ya que ambas pudieron notar el temblor de la tierra a través del caballo.

Las estructuras de madera que recibieron un impacto directo quedaron reducidas a escombros. Los cascotes llovieron sobre la zona mientras empezaban a arder.

Desde la caravana de carros se alzaron gritos y exclamaciones de ira, pues, a pesar de todo, los proyectiles no habían alcanzado a ningún titán.

—¡No tienen una mierda de puntería! —escupió Wilco.

—Es lógico. Acaban de reclutarlos, ¿no? —le contestó Rita, alzando la voz.

Los bombardeos estaban a cargo de los soldados del Cuerpo de Reclutas, que tan solo eran unos niños que habían ingresado en el Ejército hacía unas semanas debido a que todos los soldados del Cuerpo de Guarnición habían sido enviados a luchar cuerpo a cuerpo contra los titanes.

Mientras tanto, a los miembros de la Policía Militar, a la que solo podían acceder aquellos que se hubiesen graduado del Cuerpo de Reclutas con excelentes calificaciones, les habían permitido marcharse al Muro Rose junto con la élite de la ciudad en las primeras fases de la evacuación. Ellos debían de estar protegiendo a Mathias, el amigo de infancia de Rita.

«Por eso no hay de qué preocuparse».

Unos proyectiles acertaron a un titán que había llegado hasta justo debajo del muro.

—¡Bien! —exclamó Wilco, con tono de aprobación.

Reventaron su cabeza, que era tan grande como un carro, y lo que parecían ser sus huesos, músculos y cabellos se desparramaron, pegándose a la muralla y dibujando un patrón de espantosos lunares en las paredes del muro. No obstante, enseguida comenzaron a evaporarse y se desvanecieron por completo.

El titán descabezado se tambaleó y cayó hacia atrás sobre una construcción de madera, aplastándola totalmente. Se levantó una densa nube de polvo y vapor y, para cuando se disipó, la cabeza del monstruo ya había empezado a regenerarse.

—La madre que lo parió. ¡Mierda! —maldijo Wilco, escupiendo en el suelo.

La niña comenzó a sollozar en el regazo de Rita. Por fin parecía volver en sí y recobrar sus emociones.

Delante de ellos cayeron unos proyectiles, que explotaron en su mayoría, mientras una nube de polvo y aire caliente se abatía sobre sus cabezas. Rita alzó los brazos en un acto reflejo, volviendo a cubrir con ellos la cara de la niña.

—¿Nos caemos?!

En la superficie de la tierra se había abierto un enorme boquete. Rita guió a su montura para evitar el borde y pasó entre unas casas en llamas. El incendio se estaba extendiendo. Y, en mitad de las viviendas que ardían, el titán seguía en la misma posición que antes.

En ese momento llegaron los veteranos de la Guarnición como una tromba. Por todas partes se empezaron a desarrollar feroces combates. Uno tras otro, sus compañeros sin experiencia y los más jóvenes iban cayendo en la lucha. Pero Rita los ignoró a propósito.

«¡Ahora no!».

Rita y Wilco debían transmitir las instrucciones a los soldados del interior de las murallas para que cerrasen la puerta definitivamente. Ya no estaban lejos de ella. Desde la puerta se extendía un pasillo de techo abovedado de unos cinco metros de alto y tres de ancho que llevaba al interior. Sobre este había varias placas de hierro suspendidas de cadenas, reforzadas con múltiples capas, que tenían la misma anchura que el corredor.

Del pasillo surgían incesantemente carros y más carros, mientras que las personas más pobres que no habían podido obtener uno trataban de escapar a pie. A Rita tampoco se le escapó que, por el contrario, había gente que, al salir al exterior y ver a los terribles titanes, entraba en pánico y trataba de volver al interior como fuera. Tanto los que querían salir como los que querían entrar se increpaban, empujaban y pegaban mutuamente. Muchos tenían la nariz aplastada, cortes en los ojos y la boca, heridas en los puños y estaban ensangrentados sin siquiera haber sido atacados por ningún titán. Sus alaridos de dolor y de furia herían los oídos de Rita.

—¿Qué estáis...?! Pero ¿qué estáis haciendo?!

Rita apretó las riendas e hizo ir más rápido a su montura.

—¡Volved, por favor! ¡Volved! ¡Es más seguro estar dentro de la ciudad!

—¡Volved! ¡Que volváis, os estamos diciendo! ¡¿Es que queréis morir?!

—gritó Wilco, quien también espoleaba a su caballo para cabalgar a más velocidad.

Sin embargo, la gente hacía caso omiso de ellos.

La caravana de carros avanzaba apresuradamente por el camino principal, pero el número de soldados de la Guarnición que estaba protegiendo la carretera había disminuido considerablemente. En cambio, el número de titanes que se estaba congregando había aumentado a ojos vista.

—¡Cerrad la puerta! ¡Cerradla ahora mismo! ¡Es una orden del comandante!

—¡Wilco! ¡Todavía queda gente fuera!

Si la cerraban a la fuerza, era posible que la gente quedara atrapada entre la puerta que caía y el suelo.

—¡No es momento para preocuparse por eso! ¡Ya les hemos advertido, pero no nos han hecho caso, así que lo único que podemos hacer es forzarles a cerrarla!

Tal vez esa fuese su única opción.

—Bueno... ¡Está bien!

—¡Mierda! ¡No me oyen!

Desde hacía un rato el rugido de los bombardeos resonaba intermitentemente y los chillidos de la gente rasgaban el aire. Nada en absoluto indicaba que fueran a cerrar la puerta.

—¡Voy a ir a decírselo directamente a los de la puerta!

Wilco manipuló su equipo de maniobras tridimensionales y disparó las anclas para que se clavaran en el techo próximo a la entrada. Debido a que el corredor interior estaba abarrotado de gente que huía, se le habría ocurrido que no tenía sentido tratar de entrar a caballo.

En ese instante, un proyectil estalló muy cerca de él, haciendo que el tejado, las paredes y el suelo de los edificios aledaños salieran despedidos en llamas. Uno de los cascotes chocó contra su sien con un ruido sordo y su cuerpo quedó laxo al instante. No obstante, el cable de su equipo de maniobras tridimensionales ya había empezado a enrollarse, si bien a escasa velocidad. Por ello, su cuerpo se separó de su montura y cayó contra el suelo con un movimiento propio de una marioneta.

—¡¿Wilco?!

Debido al gas comprimido, el cable seguía enrollándose, lo que hizo que Wilco se golpearase los hombros, la cabeza y la parte inferior del cuerpo una y otra vez contra el suelo. Cada vez que aquello sucedía, sus articulaciones se doblaban en ángulos extraños y la sangre brotaba de su piel.

Rita trató de atraparlo desesperadamente, pero se le escapó por milímetros. Wilco seguía rebotando arrastrado por el cable, el cual comenzó a enrollarse aun más rápido, quizás porque sus dedos se habían quedado enganchados a la empuñadura de la espada. Los evacuados corrían de un lado para otro tratando de escapar, dejándole vía libre. La marioneta ahora parecía más bien un saco apaleado, el cual se separó del suelo mientras de él